

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

## MADRID

Pesetas

Mes.....	1
Trimestre.....	2,50
Semestre.....	5
Año.....	10

## PROVINCIAS

Tres meses.....	3
Ses.....	5,50
Año.....	10
Extranjero y Ultramar.....	8 pesos

## CORRESPONSALES

25 números de EL MOTÍN. 2,50

## NÚMERO DE EL MOTÍN

15 céntimos.

# El Motín

## ADMINISTRACIÓN

Fuencarral, 119, principal.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100. La correspondencia al Administrador del periódico.

## CENTROS DE SUSCRIPCIÓN

En Madrid, librería de D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6. En la Habana, Galería Literaria, calle del Obispo, 55.

## NÚMERO ATRASADO

25 céntimos.

## PERIODICO SATIRICO SEMANAL

## LA CLAVE

Con toda la modestia que corresponde á mi importancia, voy á dar la clave de la política que sigo, si bien encareciendo que se me guarde el secreto, para que los siglos por venir no anden locos buscándola, y para que á la vez se envanezcan los españoles á quienes ha cabido la alta honra de ser contemporáneos míos. La clave es esta:

La República viene, no por la voluntad y los esfuerzos de los hombres prestigiosos que en su seno cuenta, sino por la fuerza incontrastable de las circunstancias; y en tal supuesto, he de confesar que me da miedo (en caló *jindama* y en romané *prejominá*) de que caiga en manos de los Sres. Salmerón y Pi, que la perdieron el 73, según pública voz y fama, ó en las del Sr. Zorrilla, cachetero de la monarquía democrática, sin que esos señores hayan comprendido antes que no son los amos del pueblo, sino sus servidores, y que deben obedecerle y tenerlo á mucha honra.

Son los tres varones eminentes, egregios, ilustres, sabios y hasta honrados, según les venimos diciendo desde hace años, cualidades que les reconozco sin discutir, y, aun si me apurasen, añadiría que tienen todas las demás que honran y enaltecen al hombre, *menos* (¡perdón, fetichistas, por la herejía que voy á lanzar!) *menos* las de hombres de Estado, políticos, previsores, activos y enérgicos, que son precisamente las que se necesitan para gobernar una nación y afianzar una forma de gobierno.

Las cualidades aquellas tan encomiadas las poseían ya en 1873, y con ser tan hermosas y admirables, creo, si no me es infiel la memoria, que no les ayudaron gran cosa á evitar los conflictos ni á inspirarles salvadoras soluciones. Tal vez consista en que esas cualidades aisladas sirven mejor para alcanzar la estimación de los conciudadanos y la bienaventuranza eterna, que á todos les deseo, que para gobernar con acierto.

Sí, lo repito: cada vez que pienso en que esos señores, especialistas en enterrar formas de gobierno, pueden disponer nuevamente de la suerte de la nación; y uno, Zorrilla, cometer torpezas parecidas á la disolución del cuerpo de artillería sin tomar en el acto medidas que facilitaran su sustitución frente al carlismo en armas; y otro, Salmerón, sacar á colación su conciencia ante tres guerras civiles y negarse á aplicar leyes por cuyo exacto cumplimiento debe velar; y otro, Pi, vacilar entre quedarse en Madrid ó irse á Cartagena, francamente, se me ponen los pelos de punta.

Y no sólo temo que hagan esto ó cosas similares, sino que temo también su indecisión para resolver, su apatía para obrar, su culto por lo pequeño, y su falta de arranques (que no hay que confundir con los arrebatos de la genialidad) en los momentos decisivos.

Uno de los argumentos que se hacen ahora para disculpar el fracaso de los ex jefes en 1873, es que había tres guerras civiles, los monárquicos nos combatían y nadie nos daba un ochavo.

Indudablemente, sin esas nimiedades hubiéramos estado como unos príncipes (salvo que en tal caso no habríamos venido), y aun podríamos haber vivido mejor si los monárquicos hubieran puesto á nuestra disposición sus vidas y haciendas, ya que nosotros no quisimos tomarnos el trabajo de exigirselas en bien de la patria; y si además hubieran llevado su bondad hasta darnos serenata todas las noches, ¡qué

plácida y qué dulce y qué pastoril hubiera sido la vida de la República!

Pero, nada; los pícaros nos combatían por todos los medios y con todas sus fuerzas, y nos creaban cuantos conflictos y dificultades podían, conducta que, sin duda por lo incorrecta, no han querido imitar nuestros puleros ex jefes durante la restauración.

Pero es el caso que, cuando la República vuelva, hemos de encontrarnos con las mismas dificultades, ó mayores aun, y como esos señores seguirían el mismo sistema, hay que precavernos con tiempo para no ser otra vez víctimas de sus egregias cualidades.

Un ilustrado escritor republicano, Alfredo Calderón, dijo hace pocos días en un artículo titulado *Hombres nuevos*:

«Hacen falta hombres nuevos; hombres que, si no han demostrado todavía su acierto, no hayan á lo menos patentizado su incapacidad. Entregándose en sus manos, el país podrá exponerse á un riesgo, pero no va á sabiendas al desastre.»

Calderón se refería exclusivamente á los monárquicos; pero yo, que no creo que la verdad tenga partido, hago más esas ideas, y se las aplico á los Sres. Pi, Zorrilla y Salmerón, que ya han *patentizado su incapacidad*, y, que, por lo tanto, ir con ellos sería ir *al desastre á sabiendas*.

JOSÉ NAKENS.

## SÁTIRA SANGRIENTA

*Da... pero escucha.* Así se titula un artículo que el distinguido federal Sr. Sánchez Pérez ha publicado en el periódico del Sr. Pi, artículo que al leerlo por vez primera creí que iba contra EL MOTÍN, pero que después vi que daba por tabla en su jefe. ¡Maneja tan bien la sátira el ilustrado ex director de *Jaque Mate* y *El Solfeo*! Ejemplos al canto:

«Cuando dice que los insultos no son razones, ¿á quién puede referirse sino al Sr. Pi, que acaba de llamar *mentirosos* á los republicanos que aseguran que los jefes no quieren la unión?»

«Cuando afirma que debemos discutir tranquilamente las diferencias que nos separen, ¿contra quién puede ir el palo sino contra el Sr. Pi, que no quiso jamás discutir con nadie, ni con el mismo Figueras, cuando sus correligionarios lo invitaron para celebrar un *meeting* en Valencia?»

«Cuando pregunta que quién puede aquí erigirse, porque así le acomode, en definidor impecable é infalible, ¿quién duda que sólo puede hablar del señor Pi, que ha llegado hasta á negar la cualidad de federal á todo el que no sea pactista?»

«Cuando asegura que entre los republicanos no hay desleales ni traidores, ¿no censura al Sr. Pi, que en varias ocasiones, bien reciente alguna, ha calificado así á ciertos republicanos por lo del 3 de Enero?»

«Cuando niega el título de republicanos y de demócratas á los que tratan de imponerse á los otros ó de subyugarlos, ¿á quién puede aludir sino al señor Pi, que ha excomulgado á todo el que en el partido federal no se le ha sometido ciegamente?»

«Cuando recuerda que en 1866 estaban divorciados los demócratas, y, sin embargo, lucharon unidos en las calles el 22 de Junio, ¿á quién desloma sino al Sr. Pi, que no ayudó á los progresistas el 19 de Septiembre á pesar de estar coligado con ellos?»

Y cuando declara que las uniones revolucionarias están hechas á *toda hora*, siempre que las circunstancias las impongan, ¿no da con esto una lección

severa al Sr. Pi por no haber realizado *esa unión* ni en una hora, ni en un día, ni en una semana, pues de todos esos plazos dispuso, para haber derribado la monarquía al ocurrir el conflicto de las Carolinas, y poco después á la muerte del rey?

Sí, todo eso resulta del artículo que creí, al leerlo por vez primera, que iba enderezado contra EL MOTÍN; artículo en que no sólo flagela indirectamente á Pi el Sr. Sánchez Pérez, sino que extiende el látigo á los que le ayudan en la tarea de disolver, *insultar é imponerse con gritos, amenazas, diatribas, denuestos* y toda suerte de malas artes, al partido federal, respetables ciudadanos á quienes retrata de mano maestra en estos párrafos de su último número *La Avanzada*, periódico federalista de Barcelona:

«Nuestros tutores, sobresalientes en ineptitud, cuidan sólo de su hacienda, es decir, de conservar su bien ó mal adquirido puesto y de reducir por restas ó eliminaciones toda disidencia, todo conato de insubordinación enfrente de su dominio, todo deseo de independencia. Sumisos, se nos tolera; genizaros, se nos ensalza si carecemos de mérito y se nos pasa la suave mano por la doblada cerviz; independientes, austeros, hombres en la plenitud de la dignidad, se nos llena de insultos y se aulla en nuestro oprobio.

Parecemos una escuela, no un partido. Carecemos de verdadera organización y de política. No influimos en el destino de la nación á que pertenecemos. Somos muchos, pero los más no hacen vida pública. Discordias intestinas nos perturban y enflaquecen; y sobre el general desagrado y merced á la inacción que nos devora, desuellan las ambiciones, se encumbra la ineptitud, encuentra premios la traición, nos miran desde lo alto los resellados de la monarquía, y triunfan los que hablan y escriben escarneciendo el dogma é insultando á los fieles.»

«Debemos los federales vivir estrechamente unidos, sin abdicar los unos en los otros la autonomía ni el criterio, que esto cabe en siervos, no ya en hombres. Si uno ó varios quieren ponernos el yugo de su denigrante despotismo, sea nuestro primer cuidado sacudir yugo y despota.»

«Nosotros no servimos al *elemento oficial*, sino al partido; á las simpatías del primero, cuyo logro sólo cabe á cambio de servilismo y humillación, preferimos sin vacilar las del último.»

«Es más perturbador y más corruptor, si cabe, el que insulta y escarnece á sangre fría con deliberada premeditación y alevosía. Tampoco cabe duda de que, de cuanto sucede entre nosotros, alcanza responsabilidad directa á todo aquel que por la posición oficial que hoy ocupa tiene el ineludible deber de poner á tamaños abusos enérgicos correctivos. Si así no lo hacen, prueban una vez más su ineptitud para dirigir hoy al partido y su nulidad para mañana como hombres de gobierno. Entran, además, entre los corruptores y perturbadores, todos aquellos que consienten y patrocinan en nuestras esferas oficiales una organización que repugna y rechaza la sana democracia.»

Copiados estos párrafos, sólo me resta pedir al Sr. Sánchez Pérez que me dispense por no haber visto desde el primer instante que sus tiros iban más altos que á EL MOTÍN, á la vez que le felicito por haber hallado tan hábil manera, aunque muy propia de su gran talento, de señalar y anatematizar los males que destrazan al partido federal pactista, tiranizado por el Sr. Pi y su camarilla.



## EL MOTIN



Entre Arsenio y Alejandro, ó el Monstruo en la ratonera.



## DISCULPAS EN VIERNES

La voz del buen sentido llama La Justicia al artículo satírico del Sr. Sánchez Pérez.

Bien; pero ¿en qué quedamos? ¿Se une el señor Salmerón con el Sr. Pi, ya que en modo alguno quiere hacerlo con el Sr. Zorrilla? Porque de esto es de lo que se trata, y no de si los republicanos debemos saludarnos haciendo más contorsiones y figuras que los bailadores de rigodón. ¿Es con frases bonitas y lanzándonos piropos como vamos a traer la República?

Aparte de esto, ¿por qué no nos dan los ex jefes el ejemplo de tratarse bien? ¿A que no publica ninguno de ellos con su firma una biografía de los otros dos, haciendo justicia a sus respectivos méritos políticos, discutidos hoy por los míseros mortales?

¿Que los insultos no son razones? ¡Claro que no! Pero ¿quién insulta? ¿Acaso es insulto decir que Salmerón y Pi perdieron la República el 73, y nada han hecho por restaurarla? ¿que Zorrilla, después de diecisiete años de comprometer militares sin contar con el pueblo, ha abierto un paréntesis que denota desaliento? ¿que los diputados no hacen la oposición en las Cortes cual debieran, dándose el caso de que, hasta para combatir la lista civil, se les haya adelantado un monárquico, aristócrata por más señas? ¿que los concejales, con pocas excepciones, sólo sirven para hacer el juego a los monárquicos; etc., etc.? Si estos son insultos, tengo a honra lanzarlos; y aun me parecen pocos; y aun procuraré prodigarlos más.

Pero aun suponiendo que lo fueran realmente, ¿qué hombres son esos que porque uno, dos, tres o veinte los insulten dejan de cumplir con su deber? ¿Qué tiene que ver el que unos cuantos pudiéramos estar engañados, para que ellos se unieran en contra de la monarquía? Si regulan sus acciones por la manera que los demás tienen de tratarlos, ¿quieren decirme quién insultó al Sr. Salmerón para apartarlo de la presidencia la madrugada del 3 de Enero? ¿Por qué insultos ha permanecido quieto el Sr. Pi durante la restauración? ¿Abrió el Sr. Zorrilla el paréntesis porque se le insultara?

¿Qué cómodo es esto, pero qué necio a la vez, y de qué mala ley! El hombre recto y honrado que cuenta con la sanción de su conciencia, no deja de hacer esto o aquello porque alguien le aplaude o le vitupere, sino que sigue imperturbable su camino.

Si dijeran noble y lealmente: «no queremos la unión», los censuraríamos, pero los dejaríamos pronto en paz. Pero decir que la quieren para que el pueblo siga a su lado, y no hacerla para que la monarquía subsista, esto no estamos dispuestos a tolerarlo más. Son muchos diecisiete años de burla.

En resumen: ¿No es insultar lo que hago? Pues lo seguiré haciendo. ¿Lo es? Pues ídem, ídem. Por mucho que diga en público de los jefes, mañan me he de dar para llegar a lo que cada uno de ellos dice en privado de los otros dos.

## VOTO DE CALIDAD

Alfredo Calderón, escritor insigne a quien en otro lugar me refiero, hace constar en un notabilísimo artículo que todos los republicanos están conformes en acudir juntos al asalto de la fortaleza monárquica, y añade:

«Esa manifestación espontánea de una común aspiración de la gran masa del pueblo republicano, ¿no reviste para el verdadero demócrata un carácter imperativo? ¿No ordena, no obliga? ¿No emana del todo? ¿No representa la expresión de la voluntad colectiva, que no cabe, en términos de justicia, desatender sin irreverencia ni resistir sin rebeldía? ¿No demanda el asentimiento ó impone, en caso necesario, la sumisión? ¿No constituye un verdadero plebiscito?

Lo que la conveniencia, el deber, el buen sentido, la seriedad, la razón, hasta el instinto, han venido en todo tiempo persuadiendo, impónelo ahora con carácter obligatorio la voluntad general, a cuyas justas decisiones todos debemos obediencia y acatamiento. Quien las menosprecie ó resista, ese debe ser tenido por discolo, perturbador y rebelde. Ese se erige en dictador. Ese pone su voluntad sobre la voluntad de todos. Ese quebranta la verdadera disciplina democrática. Ese trae al campo republicano la guerra civil. Ese arroja entre sus hermanos semilla de discordia. Ese malogra nuestro triunfo. Ese será el más grande enemigo de la República.

Porque ¿a nombre de qué puede negarse nadie a pactar esa concordia? ¿En qué razón medianamente atendible puede ningún republicano fundar su dissentimiento? ¿Qué cabe alegar en justificación de una resistencia, sobre insensata, perturbadora y culpable? ¿Las diferencias de principios? Pues qué, ¿se

trata, por ventura, de formar un partido? ¿No es lo que se demanda el concierto para un fin común que a todos exactamente por igual interesa? ¿Se exige de nadie que renuncie, que se someta, que abdique? El servicio de la causa común, ¿no es condición implícita para cada cual del servicio de su propia causa? Desatendiendo el uno, ¿no causa a la otra menoscabo? ¿No es primero traer la República que ponerle motes? ¿Nos colocaremos los republicanos en la situación ridícula de quien dejara pudrirse la perdiz discutiendo sobre la salsa?

«Todos los republicanos, sin excepción, reconocen la eficacia de la lucha legal; todos reconocen igualmente la necesidad de un acto de fuerza para instaurar la República. Ni cabía desconocer una u otra sin verdadera demencia. ¿Cuáles son, pues, esos obstáculos insuperables, esas infranqueables barreras, esos insondables abismos que imposibilitan, con la unión de los republicanos, el triunfo de la República?

Porque, es un hecho: los republicanos quieren unirse, pero no lo logran. Constantemente sube en vano a las alturas ese clamor de todos que reclama la unión. Dificultades misteriosas la aplazan de año en año, perpetuando así nuestra impotencia. ¿Qué pasa aquí? ¿Qué fatalidad nos persigue? ¿Qué especie de incompatibilidades son esas que se atraviesan en el camino de la concordia? ¿Es que también los republicanos estamos sometidos al menguado dominio de las oligarquías? ¿Es que también el pueblo republicano tiene coactada su libertad y detenida su soberanía?

Precisa conocer esos obstáculos y vencerlos, sean los que fueren. Si eso es indispensable, hagamos ante todo la revolución en nuestro propio seno. Comencemos por proclamar entre nosotros la democracia. Recabe el pueblo republicano el derecho de gobernarse a sí mismo. Imponga la voluntad de todos. Someta las rebeldías. Que mal podríamos constituirnos en defensores y apóstoles de la libertad ajena siendo esclavos voluntarios del despotismo.»

Quedan contestados con las palabras del periodista más insigne de su partido, redactor de La Justicia y amigo del Sr. Salmerón, todos los centralistas que censuran la campaña de EL MOTIN.

## EL DILEMA

Quisiéramos consagrar más espacio a contestar a los dos artículos que se digna dedicarnos La Unión Republicana, de Pontevedra, pero las condiciones materiales de EL MOTIN nos lo impiden. Dispénsenos, pues, si lo hacemos a la ligera.

Efectivamente; EL MOTIN sólo combate a los ex jefes; porque no se unen; háganlo, y cesará en sus ataques, ya que ha conseguido quebrantarlos para que mañana no dispongan a su arbitrio, como lo hicieron el 73, de la suerte de la República.

A lo que el colega indica de que, «una vez que la mayoría de la prensa se haya pronunciado en favor de la unión con jefes y sin jefes, conviene lanzar un proyecto de Constitución de la República», le diremos que esto únicamente serviría de pretexto para que muchos se retrajeran. No se trata de formar un partido, sino de unirnos para la revolución.

Disentimos en lo de que desde luego otorguemos al Sr. Zorrilla el puesto de jefe, y negamos que su jefatura esté aceptada de un modo implícito. El señor Zorrilla, si la unión se realiza, debe someterse en todo y para todo al organismo que de ella resulte.

Declarar, como el colega hace, que la jefatura del Sr. Zorrilla es indiscutible, es negar el principio a que obedece este gran movimiento de opinión; aparte de que para los demócratas todo es discutible.

Ya habíamos dado la voz de alerta acerca de las insinuaciones veladas de los progresistas para que la unión revolucionaria se pusiera a las órdenes del Sr. Zorrilla; el colega ha planteado la cuestión claramente, y debemos decirle que nos oponemos con todas nuestras fuerzas a que tal ocurra.

¿Se unen los tres ex jefes? A su lado nos pondremos. ¿Se unen dos? Lo mismo. Pero ¿someternos a uno solo? ¡Nunca! Que se someta él a nosotros. Lo contrario sería demostrar que sólo sabemos emborracharnos con palabras, y que después de repetir en todos los tonos que el pueblo es soberano, colocamos traidoramente su soberanía a las plantas de un hombre.

Si no podemos hacer nada sin los jefes, a callar y obedecer. Si podemos, a unirnos é imponernos.

Este es el dilema.

## LA OPINION REPUBLICANA

El Grito del Pueblo, de Gijón, periódico republicano federal pactista de coalición, dice en un enérgico artículo:

«¿De cuándo acá ni el Sr. Pi y Margall, ni el señor Zorrilla, ni el Sr. Salmerón, ni tantos otros señores que hacen de jefes, están autorizados para conceder ó negar a nadie el indiscutible derecho que todos los ciudadanos tenemos de pensar como mejor nos acomode y de manifestar nuestras ideas en la forma que creamos más conveniente?»

«¿Son acaso los partidos republicanos mesnadas de serviles entes, propicios siempre a ejecutar sin conciencia lo que el Señor a quien reconocen les ordena?»

Pues qué, ¿en las democracias reside el poder en los llamados jefes ó en las masas populares que libremente deben designarlos, lo mismo que pueden deponerlos?

¿Quién hizo hombres, quién sacó de las sombras de la anónima muchedumbre, quién nombró jefes a los Sres. Pi, Zorrilla, Salmerón y otros?

¿Son acaso vitalicios los cargos en la democracia? Los que eligieron a unos ¿no pueden desautorizarlos terminantemente desde el momento en que se niegan a seguir las inspiraciones de la mayoría de sus poderdantes?»

«Ni Pi, ni Zorrilla, ni Salmerón son la República. ¡Medrados estaríamos si ésta no pudiera restaurarse y existir sin dichas respetables personalidades!»

En el mismo número hay otro artículo, firmado por el consecuente é ilustrado republicano de Laroles D. Manuel Hervás, en que se lee:

«Es inconcebible que tres hombres que ostentan la jefatura de la familia republicana permanezcan sordos a nuestro llamamiento; pero aun es más inconcebible que no se hayan quedado solos con sus egoísmos y rivalidades.

Por lo que a mí me toca, declaro franca y lealmente que renuncio al concurso de ellos; y que si todos los republicanos pensaran como yo, ya hubiéramos organizado una coalición general sin que en ella figurara un solo jefe; pues tengo la manía de creer que la última coalición se ha roto por la influencia del único jefe que entró en ella.»

La Concordia, periódico republicano progresista de Salamanca, dice que Salmerón y Pi son refractarios a la unión; que se traen un farrago de ampulosas antibologías para disfrazar la lógica; que son jefes inverosímiles de filosofía laberíntica; que hay que imponerse a los santones y arrollarlos; que han fomentado las rivalidades entre los republicanos y las han avivado; que nos han traído uncidos al carro de sus pequeñas pasiones, de sus envidias, de sus ambiciones, ó de sus combinaciones de política florentina; que son los responsables de que exista la monarquía; que han hecho fracasar los patrióticos empeños que costaron la vida y el crédito a infinidad de mártires de nuestra causa; que prestan vigor y aliento a las huestes monárquicas, y que si nuevamente se les confíase la gobernación del país, de nuevo la entregarían a los reaccionarios con sus intransigencias ó con sus chifladuras de escuela.

El Clamor Setabense, de Játiva, publica un artículo, que termina de este modo:

«Republicanos: Unámonos para todo, prescindamos de los jefes, cumplamos nuestro deber, salvemos a España de la ruina y el deshonor, y no esperemos nada de esos hombres que nos parecen muy grandes porque los miramos de rodillas. Levantémonos, y... en marcha, por que está visto: con los ídolos se va a la ruina de España, a la bancarrota, al abismo, no a la República.»

La Libertad, de San Sebastián, dice, refiriéndose a Salmerón, «que los evolucionistas viven a gusto con la monarquía, porque estiman ó prefieren estimar que no es posible gozar de mejores beneficios que los que ella proporciona.»

## LA CARICATURA

Si quiere hacer economías en el ejército, le sale al encuentro Martínez Campos; si en el clero, Pidal. ¡Pobre Cánovas, y a lo que ha quedado reducido!

## PALOS Y PEDRADAS

Dice un periódico católico de Murcia:

«El P. Jacobo, de la Compañía de Jesús, ha tenido la buena idea de regalar al ilustrado juriconsulto señor Vallés y Ribot un objeto religioso de inestimable mérito, en su cuarto aniversario de afiliación a la orden de San Vicente de Paul.»

Los jesuitas no hacen nada sin su cuenta y razón; luego algo esperan del señor Vallés.

Francamente; para un partido que tiene en su programa la separación de la Iglesia y del Estado, me parecen muchas coincidencias que Olave trabajase por la federación católica, que Sorní cantara en las iglesias, que Coll tenga oratorio, y Vallés lo tenga también.

Lo dicho; son muchas coincidencias.

Imprenta Popular, Plaza del Dos de Mayo, 4.